

## LECCIÓN XXX.

## Lenguaje natural, trópico y figurado.

371. El hombre cuando siente y piensa con alguna pasión y energía, esta misma fuerza le hace hablar con más ó menos animación, haciéndole salir del lenguaje natural, para usar del figurado, con el cual pueda dar forma más grandiosa á sus conceptos y expresiones, y un más vivo colorido á los sentimientos vehementes que se han apoderado de él. Podríamos figurarnos cual pintor que echa mano de los colores más oportunos para iluminar y dar vida á la imagen que tiene entre manos. Este es el lenguaje *figurado*. Que éste es un grande adorno de la elocuencia, ni un momento lo podemos poner en duda, pues vemos que hasta los hombres rústicos lo usan, como una cosa que les viene muy natural, cuando están agitados de alguna pasión, y quieren dar todo su propio valor á la expresión: «Mi compañero se batió como un *león*.» «¡Qué mundo éste! el pez grande se come el pequeño.» Quitad estas figuras ó modo de hablar, y la locución pierde toda su fuerza, sin que haga comprender la vehemencia del ánimo del que la pronuncia, y éste no puede quedar satisfecho tal como lo quería y exigía la necesidad en que se encontraba de manifestar aquel sentimiento del modo que en su interior lo sentía. El lenguaje *figurado* es una verdadera necesidad en el hombre.

372. La fantasía y el corazón tienen sus riquezas, de las cuales usa la elocuencia sin hacerse esclava de ellas, pero sin que tampoco pueda desprenderse de las mismas; porque la inteligencia, el corazón y la imaginación engendran la elocuencia, la cual como á verdadero parto suyo expresan las cualidades de su origen, á saber: los pensamientos del entendimiento, los afectos del corazón, y las imágenes de la fantasía, cuales tres cosas concurren á formar el *pensa-*

*miento oratorio*, sin que entre ellas puedan separarse, como no pueden tampoco las facultades de pensar, imaginar y sentir de donde ellas proceden. Y la elocuencia toma esta *idea*, revestida de esta *imagen*, animada de este *afecto*, y ved ahí que presenta el *pensamiento oratorio* en toda su belleza y atractivo, para trasladarlo con toda su vida, con todas sus propiedades, y aún con todos sus accidentes si posible fuera, en la inteligencia, en el corazón, en la fantasía de los oyentes, con todo el fuego, actividad y energía de que ella es capaz en aquella creación, en aquel laborioso trabajo de las facultades del alma.

373. Hay quienes considerando que las operaciones del alma no pueden dividirse, tratan de analizar separadamente los que se consideran como productos inmediatos de la imaginación, que los preceptistas llaman imágenes, y los que son hijos del entendimiento que se llaman pensamientos, sin que quieran admitir, rigurosamente hablando, la denominación de figuras, que no son otra cosa que los diferentes matices y grados de calor que la fantasía y el corazón prestan á los pensamientos. Convenimos perfectamente en que aquel que no piensa, imagina y siente á la vez, deja de ser orador mientras se encuentra en tal estado, pues el lenguaje elocuente ha de ser la expresión simultánea de las tres facultades del alma; mas si miramos el fondo de la cuestión, dejando aparte el lado filosófico que tiene, y que mira á la esencia de la elocuencia, y nos fijamos únicamente en la forma más ó menos bella de expresar nuestros pensamientos, revestidos del calor y vida que les dan nuestras facultades al pasar por ellas, veremos que substancialmente todos en ambas opiniones vienen á decir lo mismo; pues de otra manera no podríamos entendernos, ni clasificar debidamente nuestros pensamientos. Y así, el nombre de *figuras* que á éstos dan los preceptistas, no es otra cosa sino en cuanto bajo tal ó cual forma el pensamiento se expresa, se contiene y se limita; así como en las figuras geométricas, que limitadas en cierto espacio por líneas, toman diferentes nombres, según sus varias formas.

374. Que unos, sin admitir la denominación de *figuras*, les llamen *pensamientos-imágenes*, *pensamientos-afectos*,

y pensamientos que sean á la vez imágenes y afectos, diciendo que lo que se ha dado en llamar *figuras* no son más que el lenguaje de la imaginación ó de las pasiones, según era la situación moral del que hablaba ó escribía; que otros, por el contrario, admitan las *figuras*, y hasta las multipliquen excesivamente, siempre hay que convenir que el pensamiento tiene su *forma* de expresión, á la que comunmente se ha llamado *figura*, fórmula generalmente recibida en todos tiempos. De igual modo hay que convenir que el estudio de los tropos y figuras es muy necesario para el adorno y atavío de la elocuencia, y que sin este estudio nos veríamos privados de tantos tesoros de belleza como contienen las Sagradas Escrituras en su prodigiosa multitud de tropos y figuras, sin que pudiéramos comprender su sentido, ni percibir la luz, calor y sentimiento que encierran. Los Santos Padres nos dejaron sobre esto notables trabajos.

**375.** Deben evitarse los extremos, porque siempre son viciosos; y sin duda porque ha habido preceptistas que todo han querido amoldarlo al riguroso compás de las figuras, ó multiplicando éstas excesivamente, matando la verdadera elocuencia, sacrificando su belleza y su vigor, ha podido exclamar después de esto el distinguido escritor Sr. Rubió y Ors: «Y ojalá lo hubiesen reconocido así ó hubiesen tenido valor para confesarlo, si así lo creían, los preceptistas, ya que de esta suerte se hubieran ahorrado perder el tiempo y hacerlo perder á sus discípulos en divisiones y subdivisiones inútiles, y llenar su memoria de palabras exóticas y de definiciones frías, capaces de matar las imaginaciones más lozanas y de secar los corazones más sensibles.» Mas hecho con el debido modo y moderación, y supuesto todo lo dicho, repetimos, que el estudio del lenguaje figurado es muy útil y necesario.

**376.** Tres clases de lenguaje distinguimos: el *natural*, el *figurado* y el *tropico*. Cuando el ánimo en su natural reposo ejerce sin ninguna alteración sus funciones mentales con toda tranquilidad, entonces se expresa sencillamente en su lenguaje *natural*, y éste es objeto de la gramática, que se ocupa de la expresión lógica y correcta de los fenómenos de nuestro espíritu. Cuando el ánimo está más ó menos con-

movido, y se aparta de aquella natural sencillez, y que á las palabras les da otro sentido de su primer y recto significado, entonces es lenguaje *figurado*, el cual es objeto de la retórica, que versa sobre tales fenómenos, y da reglas para su buen empleo y evitar cualquier extravío, que tan fácil es cuanto mayor es la libertad en que se obra, como desgraciadamente sucedió á algunos de los antiguos.

**377.** El lenguaje *figurado* no deja por esto de ser expresión natural de cuanto pasa en nuestro interior; es de tanta naturalidad para el hombre, que evidentemente no es, ni puede ser invención de escuelas. Todos usan y han usado siempre este lenguaje, lo mismo los hombres ilustrados que la gente sencilla del campo; el mismo calor, la misma energía, los mismos colores en el pensamiento expresado, sin que ni siquiera se apereciban de ello, siendo tanta multitud de individuos en las distintas y bien desiguales posiciones sociales. ¿Quién no ve que á esta espontaneidad de afectos no se les ha podido dar una forma preparada de antemano? Vemos que, turbado el hombre, con viveza pregunta: es la *interrogación*; ya sorprendido su ánimo por un grande afecto, lanza un gemido, un grito: es la *exclamación*, *admiración*; ya repentinamente se encara contra una persona: es la *apóstrofe*; ya conmovidas sus entrañas por el sufrimiento del prójimo, ruega, se interesa: es la *obsecración*; teme ofenderle en alguna palabra menos conforme, y la calla: es la *preterición*. En todos estos modos de expresarse vemos que el hombre no emplea ningún estudio, sino que todo le viene muy natural. Estas expresiones, que reflejan todos los fenómenos de nuestro interior, tienen su propio nombre, como después ya veremos.

**378.** Véase, pues, qué naturalidad tan grande tiene el lenguaje figurado, y que la retórica lo que únicamente ha hecho es dar reglas para el orden y uso de las figuras, que nacen espontáneamente en el discurso. «Porque, dice el señor Sánchez Arce, así como no es buen poeta el que al componer mide las sílabas de un verso por los dedos, tampoco podrá componer con elocuencia el predicador que, al formar sus discursos, tuviese la extraña y ridícula precaución que le condujese á emplear ahora la *hipérbole*, luego la *antite-*

sis; aquí la *exclamación*, más allá el *apóstrofe*, y todo esto como el diamantista que, formando un rico florón, va tomando de aquí y de allí las piedras preciosas con que cuenta para colocarlas simétricamente. Lejos de nosotros tal artificio en el uso de las figuras, cuya sola consideración da una pobre idea del que de este modo lo emplease, y su obra resultaría tan pobre como él.»

**379.** Expontáneas por consiguiente han de ser las figuras, porque no son otra cosa que el efecto del estado de nuestro ánimo en las diversas pasiones que lo agitan. En algunos casos la moción de nuestro ánimo es moderada; otras veces la fuerza de convicción es tan vehemente que no satisface el lenguaje natural, y necesitamos revestir el pensamiento de ciertas formas; otras queremos interesar y ponemos en juego la imaginación; otras veces queremos mover, y nuestro lenguaje es apasionado, efecto de la agitación de nuestro corazón, y todos estos diferentes movimientos producen lo que llamamos figuras gramaticales, de raciocinio, de expresión y de pasión.

**380.** Ahora bien, cuando los términos se emplean en sentido propio, según la significación con que fueron establecidos, en todas dichas expresiones el lenguaje es *figurado*. Cuando la significación propia de los términos se traslada para significar un objeto que no tiene aquella natural significación, el lenguaje es *tropico*. Vemos cuán fácilmente son usados tropos por toda clase de gentes. Dice uno: «He tenido tal cuidado en domesticar los animales de mi bosque, que dentro de poco habitará el lobo con el cordero; y el leopardo se echará con el cabrito: el becerro y el león y la oveja andarán juntos.» Esta locución es *natural*, pero en los labios del profeta Isaías fué una bellísima *metáfora*, que profetizaba los tiempos del Redentor, en los cuales los que antes eran feroces y crueles como leones, lobos y tigres, depuesta su ferocidad y perversidad de costumbres, se revestirían de humanidad y mansedumbre: *Habitabit lupus cum agno: et pardus cum hædo accubabit: vitulus et leo, et ovis simul morabuntur.* (Is. xi, 6). Obsérvese que los términos son los mismos en ambos casos; mas en este último, como se aplican á cosas para cuyo significado no fueron instituidos, tenemos el lenguaje *tropico*.

**381.** Con todo lo dicho hasta aquí puede comprenderse fácilmente cuál es la índole del lenguaje *natural*, *tropico* y *figurado*; sin embargo, para más comprensión de ello estableceremos estas dos reglas:

**Regla 1.<sup>a</sup>** Es regla general que el lenguaje *natural* pasa á ser *tropico*, cuando lo dicho *fisicamente* se dice en sentido *moral*, v. gr.: «En este ejército hay un *león*.» Si *realmente* está allí dicho animal, lo he dicho *fisicamente*, y es lenguaje *natural*; si no está dicho animal, y lo digo sólo en sentido *moral* del valor de un soldado, es lenguaje *tropico*.

**382. 2.<sup>a</sup>** Ordinariamente siempre que hablamos conmovidos por alguna pasión hay lenguaje *figurado*, porque regularmente nos salimos del estado de reposo, v. gr.: «¿Cuándo te arrojarás, invencible *león*, sobre el enemigo?» Aquí vemos que en el lenguaje *tropico*, hay juntamente el *figurado*: la *interrogación*.

**383.** Con esto acabamos de ver cuánta belleza y cuánta variedad de formas tiene el lenguaje en su expresión más natural en el hombre, y la admirable inflexión para ser espejo fiel del alma en los diversos sentimientos que experimenta, no ya como un vestido que se acomoda al cuerpo, sino con más exactitud, como la imágen en el espejo, se refleja la idea en la frase, en el lenguaje.

**384.** Sorprende realmente el poder del lenguaje. «¡Qué vehículo tan delicado se ha hecho, exclama Blair, para comunicar todos los pensamientos del entendimiento humano, y aún las más sutiles y delicadas operaciones de la imaginación! ¡Qué instrumento tan dócil y flexible en manos de quien sepa emplearlo con arte, y pronto á tomar cualquiera forma que se le quiera dar! No contento con una simple comunicación de ideas y de pensamientos, pinta á la vista aquellas ideas, y da colorido y relieve, aún á las más abstractas. En las figuras que emplea nos pone delante un espejo, donde segunda vez podamos ver los objetos en toda su semejanza.»

**385.** Existiendo, pues, como acabamos de ver, el lenguaje figurado, en cuanto el entendimiento presta sus *ideas*, la fantasía sus *imágenes* y el corazón sus *sentimientos*, y

todo esto lo expresamos bajo determinadas formas, y si bien es verdad que esta expresión figurada le es muy natural al hombre, pues le permite desahogar los afectos de su corazón, y todos los sentimientos de su alma con el fuego de su imaginación, con todo para evitar indiscreciones é imprudencias que podrían costar caras, y saber manejar oportunamente las figuras cuando se presentan espontáneamente en el discurso para darle gracia, calor y energía, pasaremos á tratar de los *tropos* y *figuras* principales.

### LECCIÓN XXXI.

#### Tropos de pensamiento y de dicción.

**386.** **Tropo**, se traduce del griego *vuelta, mudanza ó traslación*, porque en realidad volvemos la palabra de su sentido recto natural, á significar otro sentido que no tenía, si bien con alguna semejanza en el significado. Así, *bayoneta*, en su sentido propio no significa *soldado*, pues sólo es parte de su armamento; y no obstante, decimos: Esta nación tiene un millón de *bayonetas*, por decir un millón de *soldados*; tomando el todo por la parte, el agente por el instrumento, como otras veces se toma la causa por el efecto, y otras por la señal la cosa significada. Los *tropos* son muy abundantes en los Libros Santos, especialmente en los proféticos del Antiguo Testamento, y esto se comprende al considerar que un lenguaje enérgico los exige de necesidad, pues los *tropos* hacen que sean más sensibles á los demás lo que nosotros experimentamos.

**387.** Los *tropos* están destinados á producir cuatro efectos principales: 1.º **Dar hermosura al lenguaje**: «El huracán de la revolución hace temblar las testas coronadas.» Pudiendo haber dicho en estilo sencillo: «Los monarcas temen la revolución.» Expresión que no es tan bella como la otra, porque carece de aquella *imagen* que nos representa la cosa como que estuviese á nuestra vista.

**388.** 2.º **Darle mayor energía**. Logramos con ellos transmitir de un modo más sensible á los demás la impresión que nos domina; v. gr.: Un hombre *ciego* de furor; aquél está *muerto* de cólera; éste se halla *adormecido* en los vicios; el enfermo está en *brazos* de la muerte. La patria *llora* la perdición de sus hijos.

**389.** 3.º **Templan y modifican las ideas desagradables**. Sirven para no usar palabras indecentes y groseras y tan bajas; v. gr.: «Los malos son la *cloaca* del Estado,» que dijo uno; ésta es demasiado baja. Hemos de valernos de la perífrasis, de la que luego trataremos.

**390.** 4.º Sirven para poner en cierto modo ante los ojos aquellas imágenes que se nos han presentado para expresarnos, á causa de la vivacidad con que lo sentimos; v. gr.: Duerme como un tronco; corre como un gamo; pesa como plomo; vuela como el viento; le arrastran las pasiones; resbala en un precipicio; resplandece su virtud.

**391.** Los *tropos*, como se ve, dan alma á los vegetales, vida á los objetos insensibles, á los vientos alas, cuerpo á los pensamientos, y animación á todo el universo; y si no lo hacen, si no producen estos efectos, son defectuosos, hacen el discurso detestable, dice un escritor. Y en efecto, un empleo tan miserable de *tropos* acusaría en el orador muy poco gusto, ó tal vez afectación, presunción, deseos de honra y vana estimación propia, con grande perjuicio de su sagrado ministerio. Apártense las impertinencias, expresiones impropias y bajas, no perdiendo de vista el fin de la predicación evangélica.

**392.** Los *tropos* son de dos géneros: de *dicción* y de *pensamiento*. Los primeros consisten en el orden y colocación de las palabras; cambiadas éstas ó trastornado el orden, ya no existen tales *tropos*. Los de *pensamiento*, á pesar de tal mutación, siempre existen en el fondo.

**393.** 1.º Los *tropos* de dicción son: *Metáfora*; *Sinécdoque*; *Metalepsis*; *Metonimia*; *Antonomasia*; *Onomatopeya*, y *Catacrexis*.

2.º Los *tropos* de pensamiento son: *Alegoría*; *Antífrasis*, ó *Ironía*; *Perífrasis*, é *Hipérbole*. De todos los cuales pasamos á tratar.